SANTA TERESA DE JESÚS

En esto de deseos siempre los tuve grandes. En todo es menester discreción y tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco a poco podremos llegar a lo que muchos Santos llegaron con su favor (*Vida*, c. 13).

No entendamos cosa en que se sirva más al Señor, que no presumamos salir con ella con su favor. Esta presunción querría yo, que hace crecer siempre la humildad y tener una santa osadía, que Dios ayuda a los fuertes (*Cam. de Perf.* c. 16).

Hemos visto y admirado en conjunto en los precedentes artículos la magnitud y grandeza del castillo interior o alma de Teresa, y creemos que nuestros lectores recordarán con asombro tantas maravillas. Hemos procurado medir la altura y anchura de este hermoso y resplandeciente diamante, y hoy nos toca examinar el fundamento en que se apoya tanta grandeza. Quizás este examen anime un tanto nuestro pequeño corazón, que se amilana al contemplar tan sólo las grandezas del de Teresa, y muchos de sus devotos se harán grandes también, porque conocerán el secreto que elevó a Teresa a la cumbre de de la verdadera grandeza. Siempre nuestro pobre corazón anda entre dos escollos peligrosísimos: la pusilanimidad y la presunción. Maleado por el vicio del origen, quedó en él una raicilla de aquel *Seréis como dioses*, que en mal hora les hizo oír la serpiente, y que fue la ocasión de su desdicha; de aquí brota de continuo nuestra presunción. Mas la caída primera le ha lastimado por otra parte, y aunque en un exceso de frenético orgullo intente pasar por Dios y se acuerde de los cielos, es de suyo, y será siempre, un *Dios caído*, y como tal humillado y sin fuerzas; despojado de los dones gratuitos, y herido en sus partes naturales.

Teresa de Jesús con sus lecciones y ejemplo ofrece remedio para estas dos miserias comunes a todos los hijos de Adán.

El corazón de Teresa de Jesús, formado con el mismo modelo que el nuestro, se hizo superior a todas las pequeñeces que le estrechan. ¿Cómo? Ella misma nos lo enseña, y no una, sino muchas veces, porque amando a sus hermanos, interesándose por su bien eterno, anhelaba, como San Pablo, verlos a todos semejantes a sí, elevados sobre las ruindades de este suelo.

El secreto que elevó el alma de la Santa a tan grande perfección, lo que dilató los senos de su alma y la obligó a emprender cosas al parecer imposibles y darles glorioso fin, fue la confianza ilimitada que tenía en Dios. Ésta fue la palanca que en manos de la humilde Teresa de Jesús obró maravillas nunca vistas en los siglos precedentes. Con esta gran confianza que tenía en Dios, dice el P. Ribera, salía con cuanto quería, y hacía cosas muy grandes; porque aunque le fuesen contrarias personas muy poderosas, y hubiese en los negocios grandes dificultades, se animaba y animaba a los demás, diciendo que no bastaba todo el mundo a deshacer lo que Dios hacía, o para que se dejase de hacer lo que él quería que se hiciese.

A los demonios los temía tan poco, que afirma “no se le dar más de ellos que de moscas¹. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza... No entiendo estos miedos, demonio, demonio, donde podemos decir, Dios, Dios, y hacerle temblar. Sí, que ya sabemos que no se pueden menear, si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto?

“Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y de esto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva de este Señor y Rey, ¿qué mal me pueden hacer ellos a mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecía verdaderamente darme Dios ánimo, que no temería tomarme con ellos a brazos, que me parecía fácilmente con

¹ *Vida*, cap. 25.

aquella cruz los venciera a todos; y así dije: Ahora venir todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer... Pluguiese a Su Majestad temiésemos a quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto, pues ello es así”.

No temiendo, pues, nuestra Santa ni a los hombres ni a los malignos espíritus, apoyada en solo Dios, nunca en las cosas adversas temió, y superó todas las difíciles, y siempre venció en los lances críticos. Sabía por experiencia que Dios es fiel a sus amigos; que todas las cosas faltan, mas el Señor de todas ellas nunca falta. Tenía experiencia de la ganancia con que Dios saca de los apuros a quien en solo Él confía²

Mas veamos en qué consiste la confianza. Es la confianza, según Santo Tomás³, una esperanza firme, robustecida con la consideración vehemente de alcanzar algún bien arduo. No es propiamente virtud, sino ornato de ella, una propiedad que vigoriza la esperanza, y acompaña siempre a la magnanimidad. Esta consideración, que fortalece en el hombre la esperanza, añade santo Tomás, puede fundarla, o bien en sí mismo, como cuando confía vivir largo tiempo porque se ve sano y robusto, o en otro, como sucede a aquel que, teniendo un amigo muy poderoso, espera será socorrido por él en la necesidad. Pues bien, el cristiano, si pretende en verdad ser grande, a imitación de la Santa, salga de su casa y parentela, como mandó Dios a Abraham; esto es, desarrímese de su miseria y debilidad, y apóyese en Dios tan sólo, amigo fidelísimo y poderoso, que puede y quiere sacarnos de todo apuro, y no nos dejará caer. “¡Ah, decía con gracia y profunda verdad la magnánima Teresa⁴, somos débiles y frágiles porque nos apoyamos en las ayudas del mundo, que son como unos palillos secos de romero, que en asiéndose a ellos no hay seguridad, que en habiendo algún peso de contradicciones o murmuraciones, se quiebran. El verdadero remedio es asirnos a la cruz y confiar en el que en ella se puso. Hállole a Cristo Jesús amigo verdadero, y hállome con esto con señorío, que me parece podría resistir a todo el mundo que fuese contra mí, con no me faltar nada”.

Pero preguntará quizá, y con razón. Un corazón pequeño y apretado, que desea engrandecerse, dilatarse a semejanza del corazón de Teresa: ¿Cómo se robustece esta esperanza? ¿Con qué ayudas me moveré a esperar en Dios de suerte que tenga un ánimo cuerdamente atrevido para obrar cosas grandes?

Cuestión es ésta de sumo interés, hoy día sobre todo, en que tanto se empequeñecen los corazones en esta tierra de generosidad, que apenas podemos andar por el mundo sin mancharnos con el fango de mil miserias, ni salir a la calle sin cubrirnos de lodo y cieno; pues estoy plenamente convencido de que si se resuelve bien y se comprende como debe por los lectores de la *Revista*, amantes de la gran Teresa, hemos de ver *ánimas animosas*, y no pocas, que obrarán cosas grandes y perfectas. Que no necesita menos hoy día el Señor de corazones magnánimos, que en los días de nuestra Santa, para volver por su honra y para celar por su honor; porque los nuestros son peores.

Para movernos a tener confianza en Dios, ayuda grandemente el reconocer las mercedes que Dios nos ha hecho, dice la magnánima Teresa, porque a no conocerlas no tuviera ánimo para ponerme en las cosas grandes que me puse. Es ésta una de las más importantes verdades para animar y esforzar nuestro ánimo decaído. Somos pobres y flacos por naturaleza, salidos de la nada, y con tendencia a ella; formados de la tierra, y a ella siempre inclinados. Si no hay, pues, y no reconocemos en nosotros alguna prenda del cielo, de la grandeza y generosidad de Dios, no saldremos nunca de nuestra miseria. Todo será rastrero y mezquino en nosotros: los pensamientos, los deseos, la vida, las obras. Mas, ¡ay!, cuánto se esfuerza el ánimo flaco, cuando en su conciencia oye la voz del Señor que le dice: *No hayas miedo, hijo mío; yo soy el Señor; no temas, que no te desampararé!* Truécase al momento la pusilanimidad en animosidad, la turbación en paz, el temor en seguridad celestial, dice nuestra Santa, y aunque todos los del mundo y del infierno juntos se aúnen para atemorizar y hacer retroceder a esta alma, la voz y el esfuerzo del cielo la hacen exclamar, despreciando toda contradicción y peligro. Adelante, adelante. Dios lo quiere, y el querer de Dios es poder. Quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta.

Esta reflexión ha movido muchas veces a una persona devota de la Santa a emprender y salir con no pocas obras del servicio de Dios, sin contar apenas auxilio en lo humano. Discurría de este modo: Es cierto que Dios ama a los que le aman, y es ayudador en la

² *Vida*, cap. 25, n. 9.

³ *2 a II, Q*, 129, art. 6.

⁴ *Carta* n. 12.

oportunidad, y hace la voluntad de los que le temen- En estos días, además, en que todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo, el Señor está más ganoso de hacer ostentación de su poder, pues tiene muy pocos a quienes puede fiar sus tesoros, porque no los solicitan. Ahora bien, si el Señor está buscando y no encuentra, llamando y no habiendo quien oiga su voz, prestando, ofreciendo su ayuda y socorro para que le hagan conocer y amar, es de todo punto cierto que si un alma se presenta al Señor, y con sinceridad le ofrece su débil cooperación, interpretando sus deseos, el Señor, agradecido, hará con esta alma ostentación del poder de su brazo, exaltará a este humilde, obrando por su medio grandes maravillas, y deprimirá a los orgullosos y presumidos que, sin contar con la protección del cielo, quieren hacer cosas grandes, ruidosas.

Y a la verdad, ¿quién de nosotros, por más que su alma sea de las más menguadas, no se animará a emprender un arduo negocio si contase con la segura protección de un amigo poderoso? ¿Y no lo ha prometido Dios, nuestro amigo verdadero, a los que confían en él, diciendo que mudarán la fortaleza, que cobrarán vuelo como el del águila, y volarán sin cansancio ni desmayo? Además, ¿quién de nosotros no tiene en su alma prendas infalibles de la sinceridad con que Dios nos ofrece su ayuda y su gracia para obrar grandes cosas? Recapitemos, siquiera por un momento, los motivos generales de confianza que nos inspira Dios, dándonos a su Hijo santísimo, y con él todos los bienes: su sangre, su vida, su herencia, su gloria, sus palabras, sus ejemplos, su felicidad. Recordemos la multitud innumerable de favores especiales que nos ha dispensado. ¡Cuántas ayudas! ¡Qué ánimo tan esforzado en muchas ocasiones! ¡Qué deseos tan sublimes! ¡Qué aspiraciones a la inmortalidad! ¡Cuántos suspiros por lo que es verdaderamente grande! Diríase que de continuo en nuestro ánimo resuena aquella voz de aliento y vida divina: *Sursum corda!* ¡Arriba los corazones! Arriba, al cielo, a Dios, a la eternidad, a la grandeza sin fin suban, suban los deseos, los suspiros, los pensamientos, el corazón, el alma, todo nuestro ser y querer. Confiemos, confiemos en Dios, en su omnipotente ayuda y bondad. Apoyémonos en él con confianza; no nos abandonará cuando nuestra virtud desfallezca. Echaos en sus brazos, decía san Agustín, pues que no se retirará para dejaros caer. Con esta confianza obraremos grandes cosas, divinas; pues sí, como atinadamente observa nuestro ilustre Grabada, no sería imposible hablar como Cicerón y discurrir como Aristóteles, si tuviésemos su espíritu, tampoco lo será obrar como Dios teniendo el espíritu y la ayuda de Dios.

Oigamos, por fin, a nuestra magnánima Teresa de Jesús la Grande, la cual, como otro Pablo⁵, mostrándonos su dilatado corazón, nos anima, diciendo: “El amor, ¡oh amigos míos!, hace que mi boca se abra, y se ensanche mi corazón. No están mis entrañas cerradas para vosotros; las vuestras sí que lo están; volvedme, pues, amor por amor; os hablo como a hijos míos, ensanchad vuestro corazón apocado, porque atáis de esta suerte las manos de Dios, que quiere repartiros con largueza sus dones. Ensanchad vuestro corazón apretado, desarrimándole de las criaturas para unirlo tan sólo a su Criador. ¿Qué andáis escasos con Dios dándole solamente parte del corazón? Estas divisiones miserables os angustian, os estrechan, os anonadan. Si buscáis mi intercesión, imitad mi ejemplo. Nadie será verdadero devoto mío si no aspira a tener con su Dios un corazón generoso y magnánimo. No es tiempo de divertirnos con juguetes de niños, cosas de poca importancia. No conviene hoy día *que os contentéis con que se muestre el alma a sólo cazar lagartijas. Estase ardiendo el mundo, levantan mil falsos testimonios contra Dios y su Cristo, y quieren sentenciarlo otra vez en la persona de su Vicario, el inmortal Pío IX, después de haberle reducido a no tener donde reclinar la cabeza. ¿Y no os moveréis aún a emprender grandes cosas por favorecer y fomentar los intereses de vuestro Cristo, que es vuestro Rey y vuestro Dios? Hombres de poca fe, ¿por qué teméis? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? ¡Oh Cristo mío!, vence, reina, impera como Rey legítimo en el corazón de mis devotos”. – Amén.*

⁵ 2 Cor. VI.

LA MUJER FUERTE

Unas devocioncitas de lágrimas, y otros sentimientos pequeños, cuyas florecitas al primer airecito de persecución se pierden, no las llamo devociones... De devociones a bobas nos libre Dios.

Santa Teresa de Jesús, *Vida*, c. 25 y 12).

No extrañen las lectoras de la *Revista Teresiana* que ponga otra vez ante sus ojos el tipo perfecto de la mujer fuerte. *A cosa tan flaca como son las mujeres*, dice la Santa, que tenía menos de flaca que toda las demás, *todo nos puede dañar*. Por ello con caridad les mostraremos los peligros que la cercan, los remedios de su flaqueza, el secreto de su fortaleza, yendo delante siempre con sus ejemplos heroicos y sus palabras de fuego D^a Teresa de Ahumada. Creemos no llevarán a mal nuestros habituales lectores si consagramos algunas páginas de la *Revista* a la instrucción y aliento del devoto sexo, a favor del cual mostró siempre especial solicitud nuestro divino Maestro Jesucristo, como se lo recuerda con santa llaneza su enamorada Esposa por estas palabras: *No aborrecisteis, Señor, cuando andábades en el mundo, las mujeres, antes la favorecisteis siempre con mucha piedad*⁶. Es esto verdad en tal grado, que si una vez una buena mujer llevada de su excesivo amor de madre pide para sus hijos al Señor una cosa que no podía conceder, no se atreve el buen Jesús a desairarla, negándole la petición, sino que se dirige a sus hijos para ello, y les dice: “No sabéis lo que pedís: no puedo concederos lo que pretendéis”. Mas ¿por qué ¡Oh Cristo mío! No respondéis a la madre que os pide, y sí a los hijos que callan? Porque aunque lo que pedía la madre no era conforme a razón, con todo procedía en la súplica llevada del impulso piadoso de su sexo; porque era mujer; y el Salvador, que favorecía siempre con mucha piedad a las mujeres, no quiso desairarla, y así dio la negativa a sus hijos varones. Y siguiendo tan divino ejemplo, ninguno de nuestros lectores, confiamos llevará a mal que también favorezcamos con piedad al devoto sexo con nuestros avisos y enseñanzas.

Pero no siempre, paréceme dirán algunas lectoras, ha de echarnos V. párrafos a guisa de predicador; alguna vez por lo menos nos ha de decir cosas que nos agraden y no nos repriman. Vaya lo dulce mezclado con lo amargo, que esta es la conducta del Señor con sus siervos. Cabalmente, señoras mías, eso mismo estaba discurriendo hoy al fijarme el título honroso de Doctora que lleva nuestra Santa, título que le fue en un principio otorgado por la Universidad de Salamanca, y confirmado luego después por universal aplauso de los fieles. Decía entre mí: Voy a dar un alegrón mayúsculo a mis lectoras, facilitándoles a todas gratis el título de Doctoras, y no un título falso, vacío, sino real, verdadero, merecido. Porque sospecho que muchas se lo envidiaréis a la Santa, y al verla con su borla y birrete y su pluma habréis dicho en vuestros adentros: ¡Quién pudiese presentarse al mundo con las insignias de doctora, como santa Teresa! ¡A cuántos desvelos no me sujetaría! Porque sé lo mucho que os tienta el afán de saber, por cuanto la curiosidad es la más indisputable herencia que os legó a todas vuestra madre Eva. Voy a ofreceros, pues, en este día, de parte de la Santa, tan honroso título. ¿Os reís al oír esta propuesta? Pues tened una poca paciencia; leed, y después decidme si podréis todas, todas conseguirlo, sin que valga alegar vuestra incapacidad o falta de recursos o de tiempo, porque a este fin no se necesita ni hojear muchos libros, ni darse a largas vigiliass, ni frecuentar las universidades, ni hacer costosos desembolsos, como exige el siglo de las luces, en el cual cuesta cada uno de estos títulos un ojo de la cara. Basta que queráis de veras, y yo os prometo en nombre de Teresa el grado de doctoras. En vuestras manos está. Oíd:

Es doctor aquel que enseña a los demás. Dos modos hay de enseñar alguna verdad: la palabra y el ejemplo. El apóstol y nuestra inhabilidad (habla la santa Doctora⁷ nos quita, a las mujeres, que seamos doctoras, predicadoras, de palabras; pero nadie os podrá quitar que lo seáis de obras, que siempre es más eficaz sermón y enseñanza más sublime. Y tanto es así que Jesús, doctor de todos los hombres, el cual bajó del cielo para enseñarles el camino de salvación, fue primero doctor de obras y después de palabra. Y nuestra Doctora afirma que muy pocas de sus compañeras se aprovecharon de sus lecciones, cuando sólo de palabra les enseñaba el ejercicio de la oración; pero que muchísimas le siguieron al enseñarles con su

⁶ *C. de Perfección*, c. 3.

⁷ *C. de Perfección*, c. 3.

ejemplo tan santo y precioso ejercicio. Por esto clamaba tan experimentada Maestra: “Todas las mujeres hemos de ser predicadoras de obras”.

De buen grado os haré gracia de este título, y daré por colmadamente recompensados mis afanes, con que lograra que al ver el mundo las devotas de santa Teresa se viese obligado a exclamar: He ahí una verdadera doctora de la virtud; una discípula aprovechada de la escuela de Teresa. Porque habéis de saber y persuadiros de que las almas amantes de la heroína española, Teresa de Jesús, deben distinguirse de todas las demás por el carácter de su virtud y amabilidad, por la generosidad de su corazón, por la nobleza de sus afectos, por su magnanimidad y subido amor de Dios. No, no imitará a Teresa, ni logrará ser mujer fuerte quien no piense y sienta de la virtud como Teresa, quien no se esfuerce en amar a Dios como ella lo amó.

¿Y en qué hemos de salir doctoras?, preguntaréis. – La Iglesia os llama el devoto sexo. Debéis estar cuidadosas de este título, y con vuestro proceder acreditar que no se engaña. ¡A!, que si arde en vuestro pecho español una centellica de amor divino, os esmeraréis en este punto de hoy en adelante, porque no se puede negar que cada día tiene menos seguidores la devoción, porque no hay quien la conozca y la practique. Por maravilla entre mil, que pasan plaza de devotos, se encontrará uno que sepa en qué consiste la verdadera piedad. Si nos fuese dado leer en el interior de las conciencias, ¡qué conceptos tan chocantes y errados hallaríamos sobre el particular! Porque hay quien se cree que para ser devoto es necesario hacerse mojigato y arisco; que se ha de aborrecer todo trato social, y con este extravagante proceder se hace creer al mundo que tan hermosa virtud sólo es propia de los que moran en el silencio del claustro. Quien opina que la devoción estriba en cierta sensualidad espiritual, digámoslo así, en ternuras, lagrimillas y consolaciones, y que si esto falta ya no hay devoción. Hay muchos que se persuaden malamente de que se abrasan en los incendios del amor divino, como otra Teresa de Jesús, porque recitan enternecidos alguna oración fervorosa, o alguno de sus conceptos más espirituales, dejando por otra parte vivo, muy vivo, el amor propio y todos los malos instintos de la naturaleza. Unos se tienen por muy devotos porque se dan a ciertas prácticas de piedad y mortificación, aunque por otro lado reinan en su alma las pasiones de la envidia, de la ambición y de la vanidad. Otros creerán que por ser devotos deben cuidar primero de hacer su gusto, que dar gusto a Dios cumpliendo con fidelidad sus obligaciones. Y en fin, no faltan quienes por presumir en su seso de muy espirituales y devotos, se persuaden de que tienen derecho para juzgar y criticar al prójimo, y murmurar de todos los que no son como ellos, porque a todos se juzgan superiores.

Todos los que así juzgan de la angelical virtud de la devoción van errados. Los tales pintan la devoción, no según es en verdad, sino según la pasión que les domina, cubriendo con el celestial manto de tan hermosa virtud su feo amor propio, su orgullo y sensualidad. Estos vicios y defectos los tienen los cristianos, no por ser devotos, sino a pesar de ser devotos. Por eso, el mundo juzga equivocadamente de la devoción, atribuyéndole los vicios de los que hacen profesión de ella, vicios que nadie reprueba con mayor severidad que la misma devoción. Que la devoción verdadera es toda dulce y amigable, como que es la reina de las virtudes, por ser la perfección de la caridad. Con ella el cuidado de la familia se hace más apacible, el amor del marido y mujer más sincero, y todas las ocupaciones más suaves y ligeras. Es el orden perfecto en el cumplimiento de nuestro deber, o como dice nuestra Santa, la verdadera devoción es no ofender a Dios, y estar dispuestos y determinados a todo bien.

Pero me hago largo, y reservaremos para el próximo número el describiros más detenidamente esta hermosa virtud, para que conociéndola bien os enamoréis de ella y la practiquéis con fidelidad.

DESDE LA SOLEDAD

¡Orad, hermanos, porque todo lo puede la oración!
(*Santa Teresa de Jesús, carta nº 36*)

Nunca con mayor motivo que en estos tiempos malaventurados, la Iglesia, como buena madre, nos repite a sus queridos hijos este encargo: Orad, hijos míos. Jamás el sacerdote de

Cristo clamará al mundo con mayor oportunidad una y otra vez. Orad, hermanos, porque todo en este tiempo nos convida a orar. Sí, orad, hijos míos, nos encarga siempre Pío IX, que cual otro Pedro hállese prisionero, a fin de que descienda un Ángel del cielo y haga caer las cadenas de sus manos. Orad, hijos míos, claman nuestros Obispos españoles al ver el estado angustiosísimo de, la Iglesia en nuestra patria, para que el Señor abrevie los días de prueba y amanezca la suspirada paz. Orad, fieles míos, dice Jesús a todos los cristianos. Orad sin intermisión, nos enseña el Apóstol. Orad, nos grita Teresa de Jesús a sus devotos; y orad, por fin, nos repite a los lectores de la *Revista Teresiana* un hijo humilde de Teresa que mora en la mansión de paz.

¿Y por qué debemos orar? Porque hay infinidad de males, porque todo lo puede la oración, como dice nuestra Santa. Y es una verdad innegable. Sí, todo lo puede la oración. Si no, dígasenos, preguntaremos con nuestro venerable Granada: “¿Qué milagro se hizo en el mundo que no fuese por oración? ¿Qué linaje de gracia se alcanzó jamás que no fuese por oración? ¿Cuántas victorias de ejércitos y de enemigos poderosísimos se vencieron por oración? ¿Con qué otras fuerzas los Santos curaron las enfermedades, lanzaron los demonios, vencieron la muerte, amansaron las fieras, templaron las llamas, trocaron la naturaleza de los elementos y mudaron el curso de las estrellas, sino con las fuerzas de la oración? ¿Con qué otras armas pelearon y triunfaron Moisés, Josué, Gedeón, Jepté, David, Ezequías, Josafat, Asa y los nobles Macabeos, y finalmente todos los grandes amigos de Dios, sino con las armas de la oración? Por donde no en balde daba voces el rey Joás al profeta Eliseo cuando quería morir, diciendo: “Padre mío, padre mío, que eres el carro de Israel y el gobernador de él”. Esto es, que puedes más con tu oración para defender este reino, que todos los carros y poderes del mundo; porque las armas del cristiano contra todos los enemigos visibles e invisibles, éstas son. Por esto nos encarga Jesucristo que conviene siempre orar y nunca desfallecer⁸. Así que, hermano mío, después del pecado, el medio general que tienes para todo lo que quisieres alcanzar de Dios, es gemido y oración. Si perdón de pecados, gemido y oración; si mortificación de pasiones, gemido y oración; si consuelo en las tribulaciones, gemido y oración; si fortaleza en las tentaciones, si consolaciones espirituales, si socorro en las cosas temporales, gemido y oración; finalmente, si quieres remedio contra la misma ira y saña de Dios, también es gemido y oración. “¡Oh humilde oración y lágrima, exclama san Jerónimo, tuyo es el poder, tuyo es el reino! Tú no temes entrar ante la presencia del Juez, y allí pones silencio a todos los acusadores; no hay para ti puerta ni cerradura; y aunque entres sola, nunca jamás vuelves vacía. ¿Qué diré en tu alabanza? Vences al invencible, atas las manos al Omnipotente, e inclinas a todo lo que quieres al Hijo de la Virgen”.

Bien está todo esto, dirá alguno, pero no sabemos qué es orar, y al oírlos hablar de la excelencia y eficacia de la oración, como los discípulos a su divino Maestro, quisiera decirnos: Enseñadnos a orar, explicadnos qué cosa es oración. ¿Es negocio fácil? ¿Qué condiciones debe tener nuestra oración para que sea agradable a Dios, de modo que nos oiga? ¡Oh tú, que moras en la mansión de paz, y sabes por consoladora experiencia qué es oración! Enséñanos a orar. –No puedo satisfacer vuestros justos deseos en una sola carta, mis buenos amigos, pero sí que os prometo con el favor de Dios y la ayuda de nuestra Santa, Doctora insigne de la oración, ofreceros doctrina que os facilite esta práctica importantísima. ¡Oh! si la *Revista Teresiana* lograse tan solo con sus trabajos que una sola alma se dedicara al ejercicio de la oración! Todo lo daría por colmadamente recompensado; porque con esto hubiera logrado asegurar la salvación de aquella alma. Sí; nos asegura la Santa, es imposible que ore un alma y se condene; porque o dejará el pecado, o dejará la oración. Si persevera en la oración, perseverará en la gracia. Lo que no puede decirse de los demás ejercicios del cristiano. Puede uno darse a las prácticas de piedad más santas, a la confesión, a la Comunión, y no obstante vivir en el pecado, adormecerse en el estado de la culpa, perderse eternamente. Por esto la *Revista Teresiana* da tanta importancia a la oración; y más todavía el que os dirige estos mal trazados renglones, que habita oculto en apacible soledad. No llevéis, pues a mal, si una y otra vez os saludo con las palabras de Jesucristo, de la Iglesia y de todos los Santos. Orad, hermanos. Ni os maravilléis os recomiende con instancia que oréis; porque si esto hacéis, todo está hecho; si no oráis, todo va perdido. Orad, y haced lo que queráis, que vuestra salvación está asegurada. Como, pues, os amo tanto, me intereso tanto por vuestra felicidad, aún la que se puede tener acá en este destierro, como quiero dulcificaros las espinas de la vida, no me reprendáis, os ruego otra vez, si os repito en mis cartas y os saludo: Orad, hermanos, porque

⁸ Lucas, XVIII.

todo lo puede la oración. Digamos ahora cómo la definen los Santos y maestros de esta soberana virtud.

“Es la oración un levantamiento de nuestro corazón a Dios, mediante el cual nos llegamos a él, y nos hacemos una cosa con él. Oración es subirse el alma sobre sí y todo lo criado, y juntarse con Dios, y engolfarse en aquel piélagos de infinita suavidad y amor. Es salir el ánima a recibir a Dios cuando viene a ella, y traerlo a sí, como a su nido; y aposentarlo en sí como en su templo, y allí poseerlo, y amarlo y gozarlo. Es estar el alma en presencia de Dios, y Dios en presencia de ella mirando él a ella con ojos de misericordia, y ella a él con ojos de humildad, la cual vista es de mayor fecundidad que la de todos los aspectos de las estrellas y planetas del cielo. Oración es una cátedra espiritual, donde el ánima, asentada a los pies de Dios, oye su doctrina, y recibe la influencia de su misericordia, y dice con la Esposa de los Cantares (*cap. v*): “Mi alma se derritió después que oyó la voz de su Amado”. Porque allí enciende Dios el ánima con su amor, y la unge con su gracia, la cual, así ungida, es levantada en espíritu; y levantada, contempla; y contemplando, ama; y amando, gusta; y gustando, reposa; y en este reposo tiene toda la gloria que en este mundo se puede alcanzar. De manera que la oración es una pascua del ánima, unos deleites y abrazos con Dios; un sábado espiritual en que Dios huelga con ella, y una casa de solaz en el monte Líbano, donde el verdadero Salomón tiene sus deleites con los hijos de los hombres. Ella es un reparo saludable de los defectos de cada día, y un espejo limpio en que se conoce Dios, y se conoce el hombre con todos sus defectos y miserias. Es la fuente de todos los buenos propósitos y deseos, puerto de los que peligran, y reposo de los que triunfan. Ella es medicina de enfermos, alegría de tristes, fortaleza de flacos, remedio de pecadores, regalo de justos, ayuda de vivos, sufragio de muertos, y común socorro de toda la Iglesia. La oración, por fin, es una puerta real para entrar en el corazón de Dios, unas primicias de la gloria venidera, un manjar que contiene en sí toda suavidad, y escalera de Jacob, por la que los varones espirituales suben y descienden, llevando sus peticiones a Dios, y trayendo, por medio de ellas, el despacho de sus negocios, o, como dice nuestra Santa, es un viaje divino, camino real que nos conduce al cielo”.

Basta por hoy, lector amigo. Perdona que con tantos nombres y maneras te haya dicho lo que es la oración, pues todo se encamina a que te enamores de virtud tan excelente, y te decidas a lo menos cada día a repetir alguna vez a la intención de Cristo Jesús: “Jesús mío, misericordia”. Con ello ganarás muchas indulgencias y atesorarás copia de misericordia para ti y todos tus hermanos y el mundo entero; y si a ello unes el tener un cuarto de hora de meditación en soledad, de parte de Teresa de Jesús te promete el cielo el mínimo de sus hijos que mora en la mansión de paz.

El Solitario

FLORES ESCOGIDAS

O SEA ELOGIOS DE VARIOS AUTORES A SANTA TERESA DE JESÚS

(Continuación)

17. Causan en ella profundísima humildad; conoce lo que recibe ser de la mano del Señor, y lo poco que tiene de sí.

18. Cuando está en aquellas cosas, suélenle dar pena y trabajo cosas que se le ofrecen; en viniendo aquello, no hay memoria de nada, sino gran deseo de padecer, y de esto gusta tanto, que se espanta.

19. Cáusanle holgarse y consolarse con los trabajos, murmuraciones contra sí, enfermedades, y así las tiene terribles de corazón, vómitos y otros muchos dolores; los cuales, cuando tiene las visiones, todos se le quitan.

20. Hace muy grande penitencia con todo esto, ayunos, disciplinas y mortificaciones.

21. Las cosas que en la tierra le pueden dar contento alguno, y los trabajos que padecido muchos, sufre con igualdad de ánimo, sin perder la paz y quietud de su alma.

22. Tiene tan firme propósito de no ofender al Señor, que tiene hecho voto de ninguna cosa entender que es más perfección, o que se la diga quien lo entiende, que no la haga. Y con

tener por santos a los de la Compañía, y parecerle que por su medio Nuestro Señor le ha hecho tantas mercedes, me ha dicho a mí que si no tratarlo supiese que es más perfección, que para siempre jamás no les hablaría, ni vería, con ser ellos los que la han aquietado y encaminado en estas cosas.

23. Los gustos que ordinariamente tiene, y sentimientos de Dios, y derretirse en su amor, es cierto que espanta. Con ellos se suele estar casi todo el día arrobada.

24. En oyendo hablar de Dios con devoción y fuerza, se suele arrebatar muchas veces, y con procurar resistir, no puede, y queda entonces tal a los que la ven, que pone grandísima devoción.

25. No puede sufrir a quien la trata que no le diga sus faltas y no la reprenda, lo que recibe con grande humildad

26. Con estas cosas no puede sufrir a los que están en estado de perfección, que no la procuren tener conforme a su instituto.

27. Está desapegadísima de parientes, de querer tratar con las gentes; amiga de soledad, grande devoción con los Santos; y en sus fiestas y misterios que la Iglesia representa, tiene grandísimos sentimientos de Nuestro Señor.

28. Si todos los de la Compañía y siervos de Dios que hay en la tierra le dicen que es demonio, o dijese, teme y tiembla antes de las visiones; pero en estando en oración y recogimiento, aunque la hagan mil pedazos, no se persuadiría sino que es Dios el que la trata y habla.

29. Hale dado Dios un tan fuerte y valeroso ánimo, que espanta. Solía ser temerosa, ahora atropella a todos los demonios. Es muy fuera de melindres y niñerías de mujeres; muy sin escrúpulos; es rectísima.

30. Con esto le ha dado Nuestro Señor el don de lágrimas suavísimas. Grande compasión de los prójimos; conocimiento de sus faltas; tener en mucho a los buenos, abatirse a sí misma. Yo digo cierto que ha dado provecho a hartas personas, y yo soy una.

31. Traía ordinaria memoria de Dios, y sentimiento de su presencia. Ninguna cosa le han dicho jamás que no sea así, y no se haya cumplido, y esto es grandísimo argumento.

32. Estas cosas causan en ella una claridad de entendimiento, y una luz en las cosas de Dios, admirable.

33. Que le dijeron que mirase las Escrituras, y que no se hallaría, que jamás alma que desease agradar a Dios, hubiese estado engañada tanto tiempo.

¡VÁLGAME SANTA TERESA DE JESÚS!

Así solía exclamar muy a menudo una pobre anciana que, enferma y achacosa, iba de puerta en puerta pidiendo una limosna por el amor de Dios.

- Oiga V., pobre anciana, díjele yo una tardecita que acerté a verla bajo el dintel de mi puerta: ¿Por qué nombra V. tan a menudo el nombre de santa Teresa de Jesús?

- ¡Oh, señor! Me contestó: ¡es un nombre tan dulce y consolador!

En este momento la violencia de sus habituales dolores le arrancó a la pobrecita unos hondos gemidos, exclamando resignadamente y con queda voz: ¡Válgame santa Teresa de Jesús!

- ¡Jesús, y cómo vuelve V. a las andadas! Lo que yo digo; ese nombre le hace a V. gracia, y nada más.

- ¡Ah, señor, si me hace tanto bien ese nombre bendito! Mitiga tanto mis dolores, y...

- Pero, dígame V. ¿Por qué invoca precisamente ese nombre y no otro?

- ¡Ah, señor! Santa Teresa de Jesús padeció mucho, mucho, señor, más que yo todavía; y ella sabrá bien, ¡y tanto si lo sabrá!, qué cosa son penas y dolores. O padecer o morir, era su deseo y petición continua a Jesús crucificado.

- Y consolará las de V., ¿no es verdad, buena anciana?
- Mucho las consuela, sí señor, yo sola me lo sé. ¿Y qué no alcanzará ella de su divina Majestad? Pues si es esposa suya y está tan arrimadita a él, por fuerza le concederá el Señor a pie juntillas todo cuanto ella le pide. Bastante lo sé yo, señor. ¡Válgame santa Teresa de Jesús!

Dile yo una limosna a la pobrecita teresiana en nombre de Teresa, cuyo nombre de aliento y de consuelo no se escapa de sus labios. Ella me enseñó a pronunciarlo e invocarlo, y, ¡por qué no decirlo también?, produce en mi alma una sensación tan dulce, difunde por las entrañas de mi espíritu tanta fortaleza, que porque mucho os quiero, lectores de la *Revista*, deseo lo invoquéis muy a menudo, y digáis para consuelo vuestro y mío también: ¡Válgame santa Teresa de Jesús! – A.

¡DESPUÉS DE TANTOS TRABAJOS!

En el viaje que emprendió la Santa para fundar en Burgos, padeció muchos trabajos de frío, mal de garganta y otros accidentes gravísimos, como que ya era de mucha edad. Salió de Ávila Teresa de Jesús a primeros de enero con carros, experimentando la crueldad de los temporales. “Era muy ordinario, dice,⁹ anegarse los carros en el cieno; verse entrar en un mundo de agua, sin camino ni barco, con cuanto Nuestro Señor me había esforzado, aún no dejé de temer; ¿y qué harían mis compañeras?”. Después de pasar grandes peligros y de obrar el Señor milagros para socorrer a su sierva, llegó a Burgos penetrada de agua y frío, para hospedarse en casa de D^a Catalina de Tolosa, y al apearse del carro, tropezando con una piedra, se le lastimó un dedo del pie. Dice entonces Teresa a su Esposo Jesús: - *¡Ay, Jesús!, ¡después de tantos trabajos, ahora éste!* - Teresa, replicole Jesús, *así regalo yo a mis amigos...* - *Es verdad*, contestó la Santa, *así tenéis, Señor, tan pocos*. Por ello pudo escribir después: ¡Oh Señor mío!, ¡qué cierto es a quien os hace algún servicio, pagar luego con un gran trabajo! ¡Y qué precio tan precioso para los que de veras os aman y entienden su valor!

Ésta es la conducta del Señor con sus escogidos. Aquí los castiga, y pule y purifica en el crisol de la tribulación, para después en el cielo darles gozo cumplido, no sin dejarles probar antes, siquiera sea a sorbos, este gozo celestial.

¡Después de tantos trabajos! ¿Cuántas veces, lector amigo, habrás exhalado esta queja, y quizás no con el espíritu de Teresa, al probarte el Señor con una nueva tribulación? Y no obstante, apenas son trabajos los que has sufrido en comparación de lo que padeció nuestra Santa.

Animémonos, pues, a ser de los pocos amigos de Cristo, y besemos con resignación la mano paternal que, al herirnos, nos sana: Gustemos de los regalos de Jesús en vida, que es señal de que nos escoge para regalarnos eternamente, pues el Señor castiga, como Padre amoroso, a los que ama.

⁹ *Fundaciones*, c. 31.

EL CLAUSTRO

HIMNO DEDICADO A LAS RELIGIOSAS CARMELITAS DE SANTA TERESA EN ESPAÑA

Salve, sagrado nido de amores
Jardín cerrado de los aromas
Edén oculto de eternas flores
Donde se anidan castas palomas
Donde se olvidan tristes dolores;
Almo silencio de este retiro,
De mi instrumento
Oye el suspiro.

Tú que dilatas, Ángel celeste,
Lloviendo gratas consolaciones,
Sobre este claustro, cándida veste,
Allá lanzando luz de ilusiones,
Sonido infando, soplo de peste;
Ángel custodio de este retiro,
De mi instrumento
Oye el suspiro.

Tú que la pluma mueves ligera,
Cual leve espuma y campo de nieve,
Y al dulce halago de tu hechicera
Ala que meces con rumor leve,
Al alma ofreces paz verdadera;
Genio callado de este retiro,
De mi instrumento
Oye el suspiro.

Tibios destellos que con desmayo
Traspasáis bellos la celosía,
Los corredores al débil rayo
Bañando en dulce melancolía;
Copiar no os sabe la luz de mayo
Mística lumbre de este retiro,
De mi instrumento
Oye el suspiro.

Tú vagarosa que el vuelo emprendes
Cabe la rosa, lirio y jazmines,
Y que no turbas, si el ala tiendes,
La eterna calma de estos jardines,
En donde el alma mas bien suspendes;
Aura apacible de este retiro
De mi instrumento
Oye el suspiro.

Salve, sagrado nido de amores,
Jardín cerrado de los aromas,
Edén oculto de eternas flores
Donde se anidan castas palomas,
Donde se olvidan tristes dolores;
¡Ay, Dios te guarde, dulce retiro!
¡Mas mi instrumento
Lanza un suspiro!!...

J.A.

MILAGROS OBRADOS POR INTERCESIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS

Un niño llamado Antonio de Villarroel, de edad de cinco años, hijo de D. Diego de Villarroel, caballero de Santiago, y de D^a María Álvarez de Luna, su esposa, habitantes en Medina del Campo, cayó en una peligrosa enfermedad, denominada letargo, con una fiebre tan grave, que le privaba de los sentidos, y de ningún modo se le podía quitar la somnolencia, por más que le apretasen con cuerdas en los brazos y piernas; ni tampoco volvía en sí, ni le aprovechaba para nada medicamento alguno de cuantos se le aplicaban durante los muchos días que tuvo la enfermedad; por lo que, de los médicos, unos lo abandonaron, y otros lo tenían por muerto, sin esperanza de vida, pues todos los síntomas eran mortales. Entonces, la indicada D^a María, madre del niño, que era muy devota de santa Teresa, lo puso en conocimiento de las Carmelitas descalzas de la misma villa, a fin de que le proporcionasen alguna reliquia de la Santa; y éstas le enviaron un lienzo blanco que traía unas cuantas manchas del óleo que mana del cuerpo de la Santa. Luego suplicó a la Santa la salud y remedio de su hijo con gran confianza de alcanzarla, y puso el lienzo sobre la cabeza del enfermo; y al instante, o dentro de un cuarto de hora su hijo había vuelto en sí tan alegre y tan sano, como si jamás hubiese padecido enfermedad alguna; llamó a la madre y a sus hermanos, y no fueron ya necesarias otras medicinas, ni otros remedios, porque al mismo tiempo cesó completamente la fiebre, y nunca más volvió a caer en semejante enfermedad. Todos los que vieron y supieron lo sucedido, juzgaron que fue un verdadero milagro; y la madre tuvo a este hijo como resucitado por intercesión de la virgen santa Teresa, por lo cual lo llamó y continuó llamándolo con el nombre de *hijo de la Madre Teresa*. Al día siguiente, los doctores Mercado y Polanco, médicos que curaban al niño, lo visitaron, y oyendo el suceso se admiraron, y publicaron ellos mismos como claro y cierto el milagro, y se despidieron de la familia, diciendo que ya nada tenían que hacer allí.

En confirmación de este hecho milagroso pueden citarse testigos oculares y auriculares; y si por otra parte consideramos las circunstancias tan extraordinarias que lo acompañaron, como la gravedad y peligro de la enfermedad, que puso al paciente al extremo de la vida, el que unos médicos lo abandonaban, y por otros era conceptuado muerto, el haber perdido todos los sentidos y hasta el habla, no podemos menos de confesar que santa Teresa de Jesús obró en esta ocasión un verdadero y estupendo milagro. Así lo asegura la Sagrada Congregación de la Rota en las relaciones de la canonización de la Santa, pues éste fue uno de los milagros que sirvieron para formar el proceso de su santidad.

A mí me aconteció esto, dice el docto P. Rivera en la vida de la Santa: Habiendo tenido un mes entero muy grandes dolores en los pies, que no podía casi andar, sino muy poquito y con mucho trabajo; y no me sirviendo ya los remedios que antes me lo solían aplacar, determineme una noche, que fue víspera de los gloriosos apóstoles san Simón y san Judas, de acudir a la reliquia de esta Santa, y dejar del todo las medicinas corporales, aunque por lo que antes había visto entendía que me ponía a peligro de pasar una muy mala noche, dejando aquellas medicinas, y desde que me determiné hasta la hora que se escribe esto, que es a 14 de mayo de 1589 años, no tuve más dolor recio, porque cuando comenzaba a arreciar llegaba allí una cajita que tenía con un poco de carne de la Madre, y sosegábase el dolor; y he quedado tan bueno desde entonces, que no tengo dolor que me dé pena, ni me estorbe a andar cuanto he menester. También había dos días que traía un gran dolor en una pierna, y andaba buscando remedios para él, porque me daba harta pesadumbre, y llegué la misma caja, y nunca más sentí dolor alguno. Esto fue en fin de abril del mismo año de 1589. Y de allí a quince día o algo más, torné a sentir en la misma parte algún poco de dolor, y volvíme al mismo remedio, y quedé del todo bueno, y nunca más me volvió, y todo esto dura hasta cuando se imprime, que es a principio de julio de 1590 años.

Siendo arzobispo de Burgos D. Fernando de Acebedo, a 8 del mes de septiembre del año de 1614, Agustín José de Alva, niño de doce a catorce días, hijo de Nicolás de Alva y de Mariana González, vecinos de Burgos, después de haber recibido el agua del bautismo el dicho día, estuvo todo él malo sin querer mamar. El ama que lo criaba, por no desconsolar a la madre, decía que mamaba, esperando que presto lo haría. Segura con esto, la madre se ocupó en otros negocios de la casa. Pero como el amor la solicitase, entre siete u ocho de la noche visitó a su hijo. Halle el color mudado, los ojos hundidos, la boca descompuesta, sin movimiento, sin pulso, sin sentido, y sin acción vital alguna. Viéndoselo así, se lo tomó al ama, desenvolvíole, púsóle en una almohada sobre sus rodillas, para ver si en alguna parte de su

cuerpo hallaba algún movimiento o sentido. Certificada del todo que su hijo era muerto, acordándose de muchos favores recibidos por la intercesión de nuestra santa Teresa de Jesús, comenzó a dar fuertes voces, invocando su favor, y con gran devoción y ansias decía “Santa Madre, interceded con la Virgen Santísima y con Nuestro Señor que me libre a mi hijo, y me lo dé vivo, si conviene”. Como hora y media estuvo repitiendo estas palabras, creciendo con el ansia la devoción y esperanza de su consuelo. Los demás procuraban abrir la boca al niño, y echábele el ama rayos de leche por ver si la paladeaba. Cuando todos se certificaron de que ya era muerto, dijo la madre, no sin impulso divino: “Mírenlo todos, y certifíquense de que está muerto, por si Nuestro Señor obrare en él alguna maravilla”. Con nueva advertencia y cuidado repararon los circunstantes, y todos sin que nadie dudase aseveraron su primer parecer. Puso después de esto la afligida madre un retrato de la Santa sobre la cabeza del niño, y al punto milagrosamente resucitó, tomó el pecho y estuvo bueno. El día siguiente algunas personas devotas de la Santa persuadieron a los padres del niño lo llevasen en la procesión de la fiesta que en el mes de octubre siguiente se había de hacer: pero respondieron que hasta que tuviese edad par irse por su pié no les parecía llevarle. Tomada esta resolución dejó de mamar el niño, y ningún pecho arrostró, aunque le mudaron muchos. Reparando ser esto como en pena de la ingratitud, ofrecieron luego los padres de llevarle en todas las procesiones de la Santa, y al instante estuvo bueno, tomó el pecho y mamó. De todo esto pidió el procurador del convento información jurídica al Ordinario. Hízose la sumaria con nueve testigos contestes mayores de toda excepción. Dióse traslado al fiscal, y presentó un gran papel oponiéndose a todo. Los testigos que presentó dijeron contra él, con que de nuevo se calificó la verdad. Hízose la plenaria con nuevas diligencias: convocó el arzobispo personas graves, según el decreto del concilio Tridentino, para la calificación del milagro. Probóse de nuevo por el reparo de uno que la madre no había invocado otro Santo más que a santa Teresa. Pronuncióse la sentencia, publicóse con solemnidad, y quedó toda aquella ciudad edificada, consolada y confirmada en la devoción de tan gran Protectora.

PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

Quien de verdad comienza a servir el Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida, pues le ha dado su voluntad (*Camino*, c. 13).

La meditación es principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa que nos va la vida en comenzarla todos los cristianos; y ninguno por perdido que sea, si Dios le despierta a tan gran bien, la habría de dejar. (*Ibid*).

Es hermoso trueque dar nuestro amor por el de Dios. (*Ibid*).

Es tanto como nada una determinacioncilla. Pues si con lo que es nada quiere su Majestad que merquemos el todo, no seamos desatinados. (*Ibid.*).

¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos al *Todopoderoso*? Vergüenza sería pedir a un gran emperador un maravedí. (*Ibid.* Cap. 42)

En obedecer y no ofender al Señor está todo el remedio para no ser engañados. (*Morad.* 5, c. 6).

Nunca las virtudes fingidas vienen sin ninguna vanagloria: las que da Dios están libres de ella. (*Ibid.* c. 3).

Si no procuráis virtudes y ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanos. (. 7, c. 4).

No hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras, como el amor con que se hacen. (*Ibid.*).

El aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho. (*Fundaciones*, c.5).

Temerosa cosa es la hora de la muerte. Mas ¡ay, ay, Criador mío; cuán espantoso será el día a donde se haya de ejecutar vuestra justicia! (*Exclam.* 14).

Considerando, Cristo mío, cuán deleitosos se muestran vuestros ojos a quien os ama, y Vos queréis mirar con amor; paréceme que sola una vez de este mirar tan suave a las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio. (*Ibid.*).

Muera ya esté yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí, mejor que yo, para que yo le pueda servir: él viva, y me dé vida: él reine, y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad. (*Exclamación* 17).

SANTA TERESA DE JESÚS, PATRONA DE LAS ESPAÑAS¹⁰

Os mando la recibáis (a santa Teresa) por tal patrona, y que en las necesidades que se ofrecieren la invoquéis por tal, pues de tal Santa, tan favorecida de Nuestro Señor, y que tan de veras debe asistir a su patria, podemos esperar alcanzará para ella felices sucesos (*Felipe IV, rey de España*).

El decreto de Felipe IV, nombrando con las Cortes Patrona de España a Teresa de Jesús, fue recibido con universal aplauso. Más de cincuenta ciudades principales y capítulos eclesiásticos respondieron a los deseos del piadoso Rey, manifestándole por escrito que aceptaban su decreto. Solo la Iglesia de Santiago y algunas otras, muy pocas, se opusieron a este decreto, logrando, al parecer, anularlo con otro del mismo Papa en el año siguiente, aunque permitía el Papa que tomasen por patrona a la Santa las ciudades que quisiesen. Felipe IV, viendo la oposición de varones tan graves y la conmoción del reino, deseando que los ánimos se calmasen, juzgó prudente no agriar la cuestión, y no instó más sobre el particular.

Carlos II, en su Codicilo, nº. 6, dice estas notables palabras: “Habiendo deseado toda mi vida tenga el compatronato de mis reinos de España la gloriosa santa Teresa de Jesús, por la especial devoción que la tengo; encargo a mi sucesor, y a mis reinos lo dispongan, como tan importante para sus mayores beneficios que debe esperar por la intercesión de esta Santa”.

Así las cosas, no se habló ya más del patronato de nuestra Santa, hasta que se reunieron las Cortes en Cádiz.

En tres de setiembre de 1811, D. Antonio Larrazabal, diputado por Guatemala, movió esta cuestión, por especial encargo de su provincia, recordando el voto de Carlos II, ya citado. En 21 de abril del año 1812, los PP. Carmelitas descalzos de Cádiz presentaron un memorial, pidiendo que se hiciese valer la resolución de las Cortes de 1617 y 1626, sobre el patronato de la Santa.

En 23 de junio del año 1812, cinco diputados comisionados a este fin dieron su informe favorable, y sin controversia, por unanimidad se decretó en 28 de junio de 1812 el patronato de santa Teresa de Jesús en España, decreto que fue confirmado por la regencia del reino en nombre del rey Fernando VII, en 30 de junio del mismo año.

Desde entonces no ha sufrido oposición este decreto de las Cortes. No temieron como antes los devotos de Santiago, mejor aconsejados, que redundase en menoscabo de la veneración del Apóstol el honor tributado a nuestra Santa. No se alegaron tampoco aquellas razones ridículas, o pueriles cuando menos, que se pueden ver en el tomo IV de las Crónicas del Carmen¹¹, en el Año Teresiano¹², y en el memorial del patronato de Santiago, por D. Francisco Quevedo Villegas.

Pero en cambio, ya sea por el modo o circunstancias en que se dio el decreto por las Cortes de Cádiz, ya por la época aciaga que hemos ido atravesando, lo cierto es que en 1846 el P. Vandermoere ha podido escribir con verdad estas palabras: “No queda hoy día vestigio siquiera en España del patronato de santa Teresa de Jesús”¹³

No obstante, aunque no se hallen vestigios *oficiales* del patronato de santa Teresa de Jesús en la nación española, se hallan innumerables monumentos *oficiosos* espontáneos que demuestran cuán teresiano es el pueblo español. La fiesta de la Santa no produce entusiasmo en las regiones gubernativas, pero excita el fervor religioso en todas partes donde late un corazón católico-español. No puede negarse que España ha amado siempre a santa Teresa de Jesús, que le profesa especial y profundo cariño, y tiene gran confianza en su poderosa protección; y no tememos asegurar que este cariño, esta confianza y amor cobrarán de hoy más nuevo incremento. Aunque par demostrar esta consoladora verdad no existen más documentos que los que atesoran las épocas de Felipe II, III, IV, y Carlos II, o el testimonio, por

¹⁰ Véase el número correspondiente a diciembre.

2. Lib. 18, cap. 6.

3. Tom. 2, pag. 147-248.

4. Acta sanctae Theresiae, p. 659.

cierto nada sospechoso en estas materias, de las Cortes de Cádiz, bastará recordar el entusiasmo con que hoy día la España católica de ambos mundos ha saludado la aparición de nuestra humilde Revista, solo porque lleva el nombre y la imagen de Teresa de Jesús.

Otra prueba irrefragable tenemos del amor de España a Teresa de Jesús en la solicitud con que los reverendísimos Obispos han procurado obtener de la Santa Sede el rezo propio de la Santa, con misa y magnífico prefacio propios también, siendo nuestra Heroína la única Santa a quien la Iglesia española tributa este honor. Mas de este punto nos ocuparemos en otra ocasión.

Un efecto tan universal y constante, una devoción que no entibian los años, ni pueden alterar las vicisitudes y malicia de los siglos, no pueden reconocer otra causa que la fe profunda de los españoles, con la cual heredan de sus padres el amor a Teresa de Jesús.

No de otro modo se explica cómo al llamamiento de un joven sacerdote responde con entusiasmo tanta multitud de personas de todo sexo y condición: desde el distinguido aristócrata hasta el humilde labriego; desde la dama del gran mundo hasta la recogida religiosa. Vivía latente en gran parte en nuestra trabajada España el amor a Teresa de Jesús: ofrecióse coyuntura; y se manifiesta poderoso, tal cual corresponde al carácter noble de sus católicos hijos.

¿Qué no esperar, pues, de este amor y confianza en Teresa de Jesús? Todo, si recordando el dicho y encargo del piadoso teresiano, Felipe IV, la recibimos como especial Patrona, y en las necesidades que se ofrecieren la invocamos por tal; pues de tal Santa, tan favorecida de Nuestro Señor, y que tan de veras debe asistir a su patria, podemos esperar alcanzará para ella felices sucesos.

REVISTA DE LOS INTERESES DE SANTA TERESA DE JESÚS EN ESPAÑA

Se ha intentado por algunos hijos de España un atentado más contra el Catolicismo. Se ha ya la secularización de los cementerios, esto es, que a los cristianos no les quede un lugar donde descansar en paz aun después de muertos, y sean enterrados al lado de los ateos, impíos, herejes o turcos. No se ha consumado tal atentado, es verdad; pero, ¡ah!, no hay que dormirse; que la impiedad acecha tan sólo la ocasión oportuna para consumir su obra de iniquidad. ¡España de Teresa de Jesús, despierta! Nada te dejan de tus glorias, sino algunos de tus templos, y de ellos muchos amenazan ruina. Son los menos los que esto piden, y lo alcanzarán si los buenos continúan durmiéndose al borde del abismo.

REVISTA EXTRANJERA

ROMA. Continúa nuestro amado Pontífice Pío IX gozando de perfecta salud y recibiendo multitud de obsequios de sus queridos hijos, los católicos de todo el universo.

El Obispo de Nimes acaba de entregarle la suma de 55.000 francos en nombre de sus diocesanos.

El 15 de enero, respondiendo Pío IX al mensaje de adhesión de los párrocos de Roma, dijo estas memorables palabras:

“La Iglesia, después de celebrar las funciones que recuerdan el nacimiento del Divino Redentor en Belén, la Circuncisión, la disputa con los doctores, si así puede llamarse, pues sabemos que Jesús no discutía, limitándose a preguntar y responder, etc., la Iglesia, repito, después de recordarnos todo esto, conmemora las tres tentaciones que Dios permitió sufriese nuestro Salvador, y son las tentaciones de la ambición, de la presunción y de la avaricia. Dios no permitió la más inmundada de todas, porque no quiso que el género humano tuviese, al pensar en el Redentor, que manchase de alguna manera con semejantes indignidades.

“Acabadas las sagradas ceremonias de Navidad, volvemos a la lucha (que no data del presente año) con las tentaciones del demonio. Se viene tentándonos, ofreciéndonos dinero y diciendo: *Mitte te deorsum*: Sí, se nos tienta cuando se nos dice al oído: *Haec omnia tibi dabo si cadens adoraveris me*. Tentación muy páfida y la peor de cuantas debemos sufrir. Se viene a Nos diciendo melosamente: Padre Santo, ceded a una buena inclinación; tratemos de

entendernos, lo que será mejor para Vos, y para todos traerá la paz; he aquí tres millones, seis millones, cuanto queráis; *Haec omnia tibi dabo si cadens adoraveris me.* ¡Desgraciados! ¿Qué responder a semejantes proposiciones?.

“La respuesta, Jesucristo mismo nos la da dado, mis queridos hermanos, y Jesucristo sabrá darnos la fuerza y el valor de seguir sus santas huellas hasta el fin de nuestra jornada mortal. Esperándolo así, os recomiendo que repitáis a vuestros feligreses lo que acabo de decirlos sobre mi resolución: esto será lo mismo que si yo hubiera hablado a mi buen pueblo de Roma.

“Enseñadle a resistir a las tentaciones: nada de presunción si queremos que nuestras súplicas sean oídas: Dios no escucha sino a los corazones humildes; nada de avaricia: no sigamos la gran seducción del día que consiste en amontonar tesoros: un terrible castigo herirá a los que aman el dinero. Pero hecho esto, alentad vosotros a vuestros buenos feligreses.

“Que no olviden que tras las tentaciones, descendió un Ángel a consolar a Nuestro Señor Jesucristo: decidles, pues, que eviten el sucumbir a las tentaciones; alentadlos para que las combatan y jamás abandonen un solo instante la práctica santa de la humildad y de la oración; después, los Ángeles de Dios vendrán y nos distribuirán a todos el pan del consuelo, del mismo modo que en el tiempo a que me refiero *ministrabant ei*. Sí, Dios acabará por oírnos...”.

Podría decirse que el Señor quiere hacer partícipe a Pío IX de la inmortalidad de su obra a fin de que pudiese repetir con una autoridad más soberana aún que la suya: “Ellos perecerán y vosotros permaneceréis en pie”. En su larga vida ha visto desaparecer uno tras otros los principales autores y fautores de sus desgracias que son las del mundo, y en este momento acaba de bajar a la tumba Napoleón III, que sin duda ha sido uno de los principales. Sólo él permanece encima de los sepulcros de los conspiradores y de los príncipes, para guiar a través de tantos funerales a la Iglesia católica en su marcha triunfal.

FRANCIA. París, tan frívolo e inmoral como es, ha querido tener también su peregrinación en la piadosa novena que ha consagrado a santa Genoveva. Una muchedumbre inmensa de todas las clases de la sociedad ha concurrido al templo a pedir al Señor se apiade de esta desventurada Francia. Las Comuniones con éste motivo han sido muy numerosas. ¡Dios se apiade de tan generosa nación, y le depare días mejores que los que hasta aquí ha visto!

El Obispo de Versalles ha dirigido al Presidente de la república francesa el siguiente notable documento sobre la supresión de las Órdenes religiosas en Roma:

“Al Sr. Presidente de la República.

“Sr. Presidente: Entre las injurias y violentas leyes que prepara el usurpador Gobierno italiano, preciso es distinguir la que tiene por objeto la supresión de las Órdenes religiosas, porque semejante atentado entraña consecuencias sumamente graves, no solo para los intereses religiosos, sino también para los de la sociedad y de la civilización.

“Sabido es que en Roma las corporaciones religiosas tienen un carácter muy especial, cuya naturaleza afecta al Gobierno universal del mundo cristiano. Todas las naciones católicas tienen en esta cuestión derechos propios que defender, porque todas, más o menos directamente, han contribuido a la fundación, al desarrollo y esplendor de esas Órdenes religiosas.

“Ahora bien; negar ahora esos derechos, desconocerlos y combatirlos para conformarse a las exigencias de una política que se abroga el poder de destruir todos los principios reconocidos en todos los tiempos, ¿qué otra cosa es que venir a declarar que la fuerza ha vencido al derecho? ¿Es que hemos vuelto atrás, hasta los siglos de opresión, de persecución y de barbarie?.

“Movidos de un vulgar sentimiento de pudor, de equidad y de bien parecer, habían hecho en ese proyecto una excepción a favor de las *casas generalicias* de las Órdenes. Tal excepción era al menos para nosotros una esperanza, porque cuando no se arranca la raíz de la tierra puede esperarse que retoñe y fructifique más tarde, pero al fin parece que la cámara, cediendo a siniestras tendencias, quiere la destrucción completa de las Órdenes.

“Pues bien, Sr. Presidente, los obispos de Francia se dirigen a vos para protestar contra ese hecho. Así en el orden civil como en el político, sois el primer representante de la hija primogénita de la Iglesia y el primer depositario de la autoridad. Un gran deber tenéis que

cumplir, y es el de dar a conocer al Gobierno de Víctor Manuel nuestras protestas, apoyándolas con toda vuestra energía.

“Sin duda que esa misión que la Providencia os impone es delicada, es difícil, pero es grande y gloriosa. Vais a llevar el nombre del Episcopado, el nombre del clero, el nombre de los católicos, el nombre de todos los hombres honrados para quienes el derecho público es todavía alguna cosa. Y suceda lo que quiera; que nuestros esfuerzos alcancen bueno o mal éxito, vos, Sr. Presidente, habréis realizado al menos un acto importante de excelente política y habréis dejado una buena página para vuestra historia.

“Tengo el honor, Sr. Presidente, de ofrecerme con el debido respeto vuestro humilde servidor. - Pedro, *Obispo de Versalles*”.

En los periódicos de París se da cuenta de un pleito que merece ocupar a los autores del matrimonio civil.

Celebrado el contrato del matrimonio ante el alcalde por dos jóvenes de aquella capital, pensaron a los pocos días sus familias en que se verificase el acto religioso; pero el novio se negó a ello, advirtiendo que no tenía creencias religiosas de ninguna especie. La novia acudió en seguida a los tribunales, que han declarado nulo y sin efecto el contrato firmado ante la autoridad civil, fundándose en que “no puede exigirse de la mujer que se sujete a un género de vida que, según sus creencias, es un *concubinato*”.

PRUSIA. Redobra la persecución, sobre todo en el Parlamento, contra lo que malamente se llama usurpación del poder espiritual. Después de ser votadas las leyes más hostiles a la enseñanza religiosa, uno de los ministros ha asegurado que la Iglesia católica debe postrarse ante el poder del Gobierno, el cual, por ser fuerte, se cree con derecho a erigirse en Dios, en pontífice y rey. ¡Insensatos! ¿Ignoran acaso que *todo triunfo sin modestia es pasajero*? ¿No han comprendido que los que quieren chocar contra la piedra angular de la Iglesia, se estrellan? Bien cantó nuestro ilustre Fray Luis de León:

Quien se opone al cielo,
Cuanto más alto sube, viene al suelo.

SUIZA. También esta pequeña nación trata de distinguirse en su odio al Catolicismo. Discipulo sumiso su gobierno del de Prusia, ha procurado que una llamada conferencia diocesana, compuesta casi en su totalidad de protestantes e impíos, haya depuesto al sabio y valeroso monseñor Lachat, obispo de Basilea, porque en uso de su derecho excomulgó y depuso a un párroco de su diócesis, por oponerse activa y pasivamente a los decretos del Concilio Vaticano, al dogma de la infalibilidad y al celibato eclesiástico, y por no observar una conducta moral bastante digna. He ahí a los relojeros y cervecedores erigidos en Pontífices. Sólo que el católico pueblo suizo no quiere reconocerlos, y sigue considerando por su obispo al virtuoso Lachat. En todas partes lo mismo: guerra y persecución contra la Iglesia; pero en vano. No prevalecerán contra ella.

ORACIÓN

Señor mío Jesucristo, que dijisteis: “Pedid y recibiréis, llamad y os abrirán”, os pedimos por intercesión de vuestra Esposa Teresa, que pronto, pronto nos concedáis que, destruidos los errores y adversidades, os sirvamos con santa libertad. Amén.

JACULATORIA. Santa Teresa de Jesús, patrona de las Españas, rogad por nosotros, rogad por la Iglesia, rogad por Pío IX.

OBSEQUIOS DE ESPAÑA A SANTA TERESA DE JESÚS

VALENCIA. Las Carmelitas descalzas de san José y las del Corpus Christi obsequiaron a su ínclita madre con solemne novena y sermón todos los días, con gran concurso de fieles. Igual obsequio le tributaron las Carmelitas descalzas de Onteniente.

TERUEL. Con solemne pompa las Religiosas Teresas celebraron la fiesta de nuestra Santa. Todos los días de la novena hubo exposición de Jesús sacramentado, y Cuarenta Horas en los primeros días, finalizando con la procesión y bendición solemne con el Santísimo Sacramento.

GRACIAS

que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos.

La paz del mundo.
 El triunfo de la Iglesia.
 La libertad de Pío IX.
 Una fundación de religiosas.
 Una grave necesidad espiritual.
 Un asunto de interés general a la Iglesia de España.
 La destrucción de las maquinaciones de las sectas impías.
 Una conversión.
 Las comunidades religiosas de España.
 El Apostolado de la Doctrina cristiana.
 La vocación de los jóvenes que aspiran al sacerdocio.
 Los seminarios.
 Las jóvenes católicas.
 La conversión de dos padres de familia extraviados.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

**SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE
 CAUTIVO Y POBRE**

	<i>anterior</i>	612,50 rs.	<i>Suma</i>
<i>Santa Bárbara.</i> – Pedro Arasa		8	“
“ Timoteo Arasa		8	“
<i>Yecla.</i> – D. Juan Cusac, Pbro.		8	“
<i>Tortosa.</i> – D. Ramón de Aragonés y Serrano. Domine, salvum fac Pium IX.		20	“
“ D. José Roca, Pbro. Teresa de Jesús, da paz al mundo y el triunfo a la Iglesia		8	“
<i>Salamanca.</i> – D ^a Concepción Arangoena		100	“
<i>Sums</i>		764,50	rs.

(Sigue abierta la suscripción)